

Artículos

El carnaval de posguerra. Cultura y Acuerdos de Paz

Luis Alvarenga*

Resumen

En este artículo, se hace una reflexión sobre el impacto que tuvieron los Acuerdos de Paz de 1992 en la cultura salvadoreña. Para el autor, el período comprendido entre 1992 y 1995 mostró las potencialidades creativas y transformadoras de la cultura salvadoreña. Ese período cumple con las características que el crítico literario soviético le da al *carnaval*: la destrucción del escenario tradicional, en este caso, del escenario político tradicional, y el protagonismo de toda la colectividad “de acuerdo a las leyes de la libertad”. Sin embargo, esta experiencia fue inconclusa. El rumbo posterior del proceso político del país le restó posibilidades.

Palabras clave:

Acuerdos de Paz, carnaval, cultura, arte, culturas alternativas, cultura crítica

* Catedrático del Departamento de Filosofía de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Correo electrónico: alvarenga.luis@gmail.com

1. Introducción

No podemos evaluar el impacto que tuvieron los Acuerdos de Paz en la cultura si nos concentramos exclusivamente en el año 1992. Los cambios culturales, como cualquier otra transformación social, no se dan alrededor de una fecha, tomada como un punto de origen, como el punto alfa donde empieza una nueva historia. Cualquier corte histórico expresa los intereses y los puntos de vista del que hace las delimitaciones. Nos interesa ver las rupturas y las continuidades de ciertas prácticas y de ciertos discursos culturales.

Hay dos precisiones que es necesario hacer: una, qué se entiende aquí por cultura; dos, qué perspectiva temporal se tomará para hacer una recapitulación de la cultura a raíz de los Acuerdos de Paz.

1.1. Hacia una definición de cultura

Comencemos, primero, con una definición negativa, esto es, una definición de lo que la cultura no es o, cuando menos, de aquello que no agota el ámbito de lo cultural. Proviene de un artículo de Ignacio Ellacuría titulado “Diez años después: ¿es posible una universidad distinta?”, que publicó originalmente en 1975. La definición negativa en cuestión dice: “Cultura no es [...] folclore nacional, aunque el folclore puede que exprese algunos aspectos importantes del ser popular. Una consideración estetizante de la cultura nacional puede llevar al narcisismo y a la dominación, cuando lo que se necesita es operatividad para la construcción de un hombre nuevo, en una tierra nueva. La cultura debe ser vigilancia despierta, tensión hacia el futuro, transformación”¹.

Esta cita pone en relieve uno de los errores más frecuentes a la hora de hablar de cultura. Al enfocarse en el folclore o en las llamadas “bellas artes”, corre el peligro de concebir la

cultura como una actividad desinteresada de los problemas humanos más acuciantes. Así, la cultura se degradaría en una forma de enajenación colectiva. Desde la perspectiva que abre Ellacuría en las palabras citadas arriba, la cultura no es el “placer desinteresado” que surge de la contemplación de las bellas obras artísticas o el folclore destinado a reafirmar una vaga idea de “lo nuestro”, las marimbas, las pupusas, las cumas y los refajos: útiles, al fin de cuentas, para reafirmar la construcción de nacionalidad de las clases dominantes. La cultura es mucho más. Nótese algunas palabras que usa el autor: *construcción, vigilancia despierta, tensión, transformación*. La cultura es algo dinámico, incierto, en tránsito, en constante movimiento.

Añadámosle a lo anterior el hecho de que la cultura es, también, el conjunto de signos, relaciones, producciones y hechos humanos, que constituyen un sentido de identidad o de identidades y, por lo tanto, permiten también diferenciar un colectivo humano de otro (por ejemplo, los habitantes de un país o de una zona geográfica dentro de ese país, pero también diferentes grupos sociales, definidos por aspectos religiosos, políticos, étnicos, etc.). Suele reducirse la cultura al arte. Y con mucha razón: La *cultura* se expresa en las obras artísticas, pero no debe confundirse *cultura* con *arte* o, peor aún, con *bellas artes* —en esa concepción “estetizante” de la cultura que denunciaba Ellacuría líneas arriba—, porque esta definición deja de lado otras formas de expresión cultural que involucran a los medios de comunicación masivos y a las expresiones artísticas populares. Reducir al definición de cultura a las llamadas bellas artes (el teatro, la pintura, por ejemplo), tiene el peligro de ver como “incultas” otras manifestaciones, sobre todo las de la cultura popular, sean estas tradiciones (por ejemplo, las fiestas patronales o las cofradías), expresiones artísticas (géneros musicales como las rancheras y el reguetón),

1. Ignacio Ellacuría, “Diez años después: ¿es posible una universidad distinta?”, en *Escritos universitarios*, San Salvador: UCA Editores, 1999, p. 59.

o productos de los medios de comunicación masivos (las telenovelas, los dibujos animados o los videoclips).

Complementemos lo anterior con las características de la cultura que apunta Ignacio Ellacuría. Para él, se concibe la cultura “en el sentido que tiene en expresiones como agri-cultura, esto es, como cultivo de la realidad, como acción cultivadora y transformadora de la realidad”². La precisión de Ellacuría es importante, porque pone el acento en lo que la tradición marxista llama *praxis*, esto es, la actividad humana encaminada a transformar la realidad en sus distintos aspectos.

La cultura es un ámbito fundamental de la vida humana. Es tan fundamental como la economía, las enfermedades y la muerte. De hecho, la cultura también tiene que ver con la economía (por ejemplo, las formas de relacionarse para cerrar una compra-venta), las enfermedades (los hospitales, la forma de atender a los enfermos, la medicina y aun la forma de entender qué es enfermedad y qué no son diferentes entre la cultura occidental y las culturas no occidentales) y la muerte (los rituales que acompañan a la muerte, las formas de expresar el dolor por la pérdida e, incluso, la forma de entender la muerte, si como el fin absoluto de la vida o el inicio de una nueva etapa, etc.); todos estos elementos se comprenden a la luz de una cultura determinada.

Tratándose de un ámbito fundamental de la realidad humana, podemos decir que la cultura atraviesa todas las relaciones humanas, incluyendo los ámbitos de la política, la economía, la historia, la religión, entre otros. Lo anterior sirve para definir el punto de vista desde el cual interpretaremos la cultura del siglo XX en El Salvador. Nuestro enfoque no es esteticista, aunque en algún momento se haga referencia al arte, sino político. La

cultura es política, en el sentido amplio del término. Está vertida al ámbito de lo público, de las colectividades y también en el ámbito del poder, que son características de la política. Los valores que transmite una cultura dicen mucho de cómo las personas de una sociedad se relacionan, ya sea para satisfacer sus necesidades materiales, para reconocer o negar el reconocimiento de la calidad humana de las otras personas o para plantearse lo que esperan de sus vidas. Y como todos estos elementos pasan por el espacio público, por ello decimos que son políticos. Y por esta razón, la cultura es un hecho político, aunque no esté relacionado necesariamente con el Estado o con los partidos políticos. Este es el punto de vista del que partiremos.

En este sentido, el campo cultural es un campo de lucha. Lo afirma Ignacio Ellacuría. Oigámoslo:

La cultura en su función activa debe ir a la constitución de nuevos valores. Por ello, debe desenmascarar los presentes, en muchos de los cuales no será difícil descubrir instrumentos de dominación. Es claro que pocas cosas son tan necesarias en estos países, a los que no se ha dejado ser lo que son ya desde tiempos precolombinos, como una revolución cultural. Una revolución cultural consistente en la revisión a fondo del sistema de valores introyectado, en su destrucción, si es menester, y en la construcción de nuevos valores que respondan realmente a las posibilidades reales del hombre salvadoreño, en este momento determinado del proceso histórico y en este medio geográfico propio³.

Esto remarca el carácter político de la cultura. Entre otras cosas, porque

desde esta perspectiva, la cultura se convierte en lucha ideológica [...], porque la cultura ha sido inmemorialmente combate contra otras culturas dominantes. Y la cultura como saber,

2. *Ibidem*, p. 57.

3. *Ibidem*, pp. 58-59.

si muchas veces ha sido instrumento de dominación, puesto al servicio de su mejor pagador, ha sido y también y lo es, por su propia condición, crítica de lo que hay y sacudimiento de la modorra aquietadora. La cultura creativa es rompimiento. Aunque su primera barrera sea con frecuencia la fosilización de la cultura pasada⁴.

El momento histórico del acuerdo de paz, que no se limita puntualmente al 16 de enero de 1992, es sumamente interesante para poner a prueba estas definiciones de cultura. Mi hipótesis es, que en el período considerado en este trabajo, se enfrentó la cultura dominante y las culturas críticas o alternativas. Por *cultura crítica* o *culturas alternativas*, hago referencia a las prácticas y actores culturales que sustentan valores, signos, prácticas, formas de identificación, que tienden a la impugnación de los valores culturales de los grupos sociales y políticos hegemónicos. Más aún: esas culturas alternativas o críticas buscan subvertir el orden cultural, esto es, buscan o buscaban, más bien, una revolución cultural, en el sentido apuntado por Ellacuría al principio de este trabajo. El resultado de esa pugna dice mucho de la llamada “transición democrática”, pero, sobre todo, de la sociedad salvadoreña.

1.2. La delimitación temporal

Es innegable que la cultura salvadoreña no es exactamente la misma que antes de 1992. Pero tampoco se puede aseverar que los cambios apreciados después del acto político del 16 de enero de ese año tienen ahí una génesis nítida. En lo tocante a algo tan complejo y duro de definir como la cultura, no hay algo así como un “cielo nuevo y tierra nueva” que comience a partir de una fecha del calendario, sea esta el 14 de julio de 1789. Esta fecha indicaría la caída del Antiguo Régimen y el principio de una cultura inspirada en los valores ilustrados y liberales.

Sí, pero resulta que el primer volumen de la *Enciclopedia* ya había sido publicado con mucha anterioridad. Los cambios culturales, que son también cambios sociales, se gestan paulatinamente. Implican cambios políticos: un cambio cultural es un cambio político en buena medida, pero no acompañan puntualmente al cambio político. Lo mismo vale para la emblemática fecha del 16 de enero de 1992.

Sobre la perspectiva historiográfica que se concentra exclusivamente en encontrar un “hilo conductor” que ponga en orden las irregularidades y dispersiones de los hechos históricos, dice Michel Foucault:

Desde hace décadas, la atención de los historiadores se ha fijado preferentemente en los largos períodos, como si, por debajo de las peripecias políticas y de sus episodios, se propusieron sacar a la luz los equilibrios estables y difíciles de alterar, los procesos irreversibles, las regulaciones constantes, los fenómenos tendenciales que culminan y se invierten tras de las continuidades seculares, los movimientos de acumulación y las saturaciones lentas, los grandes zócalos inmóviles y mudos que el entrecruzamiento de los relatos tradicionales había cubierto de una espesa capa de acontecimientos⁵.

Aquí el pensador francés se refiere, evidentemente, a una historiografía que podría decantarse en una perspectiva teleológica de la historia. La tarea del historiador sería desentrañar ese hilo conductor que legitima la escandalosa dispersión de los acontecimientos, eso que le da sentido a las cosas aparentemente más absurdas que aparecen en el terreno de la Historia, un terreno que, por cierto, se ha delimitado cuidadosa y nítidamente para excluir aquello que no es Historia. Esta perspectiva dispone —en el doble sentido de “colocar, poner algo en orden y situación conveniente”, pero también de “valerse de

4. *Ibidem*, p. 59.

5. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI Editores, 2010, p. 11.

alguien o de algo, tenerlo o utilizarlo por suyo”— de un instrumental metodológico para construir esa teleología:

Para llevar a cabo este análisis, los historiadores disponen de instrumentos, por una parte, elaborados por ellos, y por otra parte, recibidos: modelos del crecimiento económico, análisis cuantitativo de los flujos de los cambios, perfiles de los desarrollos y de las regresiones demográficas, estudio del clima y de sus oscilaciones, fijación de las constantes sociológicas, descripción de los ajustes técnicos, de su difusión y su persistencia. Estos instrumentos les han permitido distinguir, en el campo de la historia, capas sedimentarias diversas; las sucesiones lineales, que hasta entonces habían constituido el objeto de la investigación, fueron sustituidas por un juego de desgajamientos en profundidad⁶.

Puestos a hacer un balance cultural o algo similar a partir de los Acuerdos de Chapultepec, podríamos tomar, pues, entre otras, dos perspectivas de interpretación. La primera plantea que, a partir del 92, se habría dado una ruptura: algo así como el eclipse de la cultura de la dictadura militar y el inicio de una “transición democrática”, dando por sentado que, efectivamente, la transición conduce a la democracia (y por ende, trae consigo nuevos valores, democráticos, a la cultura salvadoreña). Asume que hay cortes históricos nítidos, como ya planteábamos antes. Pero también tiene un peligro: se da por hecho que las relaciones, las prácticas, las dinámicas y los discursos del pasado quedaron atrás. O que deben quedar *necesariamente* atrás. Que debe hacerse tábula rasa del pasado, sobre todo si esto implica poner en relieve que hay prácticas culturales, pero no solo culturales, que han implicado la exclusión de grupos sociales amplios. Porque si bien es evidente que la Ley de Amnistía tiene consecuencias políticas, también es cierto que hay prácticas, institucionalizadas o no, que desempeñan un papel cultural: un papel de

olvido o de encubrimiento del pasado. A esto le llamaremos perspectiva “rupturista” de la interpretación de los Acuerdos de Paz, por cuanto estos forman una ruptura total y absoluta en la historia del país.

La perspectiva “rupturista” es, sin embargo, una perspectiva teleológica que no osa decir su nombre. Al afirmar que el 16 de enero de 1992 inaugura una nueva era en la historia salvadoreña, que deja (o debe dejar) atrás el pasado de guerra, estamos construyendo aquí un punto de llegada histórico que le da sentido a la sinrazón del pasado. A partir de hoy, habrá que ver hacia adelante. Una parte de esta interpretación de los Acuerdos de Paz es la afirmación de que el proceso de diálogo y negociación salvadoreño es ejemplar y, por tanto, digno de imitarse en otros países que experimentan guerras civiles.

Desde una perspectiva crítica, resulta más fecundo tener un horizonte temporal más amplio, que permita ver los cortes y las continuidades de las prácticas culturales. Por supuesto que esto va en detrimento de las seguridades que produce una visión teleológica de la historia. Foucault expresa:

Si la historia del pensamiento pudiese seguir siendo el lugar de las continuidades ininterrumpidas, si estableciera sin cesar encadenamientos que ningún análisis pudiera deshacer sin abstracción, si urdiera en torno de cuanto los hombres dicen y hacen oscuras síntesis que se le anticiparan, lo prepararan y lo condujeran indefinidamente hacia su futuro, esa historia sería para la soberanía de la conciencia un abrigo privilegiado. La historia continúa, es el correlato indispensable de la función fundadora del sujeto: la garantía de que todo cuanto le ha escapado podrá serle devuelto; la certidumbre de que el tiempo no dispersará nada sin restituirlo en una unidad recompuesta: la promesa de que el sujeto podrá un día —bajo la forma de la conciencia histórica— apropiarse nueva-

6. *Ibidem*.